

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

La parte de Guermentes

A la busca del tiempo perdido, III

el paseo | central, 31

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

MARCEL PROUST

La parte de Guermites

A la busca del tiempo perdido, III

Edición anotada y puesta al día
de Mauro Armiño

el paseo, 2023

Título original: *À la recherche du temps perdu*
Le Côté de Guermantes

© de la traducción, prólogo y notas: Mauro Armiño, 2023

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2023

www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: mayo de 2023

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés

Corrección: César de Bordons Ortiz

Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. (OBRA COMPLETA) 978-84-19188-07-6

I.S.B.N. (PRIMER VOLUMEN) 978-84-19188-10-6

DEPÓSITO LEGAL: SE-811-2023

CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

La parte de Guermantes (A la busca del tiempo perdido, III)

PRIMERA PARTE	13
SEGUNDA PARTE	371
CAPÍTULO PRIMERO	373
<i>Enfermedad de mi abuela • Enfermedad de Bergotte • El duque y el médico • Declive de mi abuela • Su muerte</i>	
CAPÍTULO SEGUNDO	411
<i>Visita de Albertine • Perspectiva de un rico matrimonio para algunos amigos de Saint-Loup • El espíritu de los Guermantes ante la princesa de Parma • Extraña visita a M. de Charlus • Comprendo cada vez menos su carácter • Los zapatos rojos de la duquesa</i>	
RESUMEN	723

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

La parte de Guermantés

A la busca del tiempo perdido, III

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

A LÉON DAUDET

Al autor
del *Voyage de Shakespeare*,
del *Partage de l'enfant*,
de *L'Astre noir*,
de *Fantômes et vivants*,
del *Monde des images*,
de tantas obras maestras.

Al incomparable amigo,
en señal
de gratitud y admiración.

M. P.¹

¹ Con esta dedicatoria a Léon Daudet, Proust quiere agradecer a su «incomparable» y antiguo amigo los esfuerzos, intrigas y presiones que consiguieron para *A la sombra de las muchachas en flor* el premio Goncourt en diciembre de 1919. Mucho antes, en 1904, ya le había dedicado su traducción de *La Bible d'Amiens* de Ruskin, y aunque el caso Dreyfus lo había distanciado del antidreyfusista Daudet, uno de los fundadores del periódico ultraderechista *L'Action française* (1907), la amistad entre ambos no parece haberse enfriado nunca. Los títulos, citados en desorden cronológico en la dedicatoria, abarcan desde la primera novela de Daudet, *L'Astre noir* (1893), hasta estudios psicopatológicos como *Le Monde des images* (1919) y *Fantômes et vivants* (1914-1921). *Le Voyage de Shakespeare* (1896) es una especie de biografía novelada del dramaturgo inglés, apoyada en temas, situaciones y personajes de sus obras, en la que plantea el problema de la creación estética; en *Le partage de l'enfant* (1905), Daudet intentó el camino de la novela sentimental y psicológica.

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

PRIMERA PARTE

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

El piar matinal de los pájaros parecía insípido a Françoise. Cada palabra de las «criadas» la hacía sobresaltarse; incomodada por todos sus pasos, se interrogaba sobre ellos; es que nos habíamos mudado. Ciertamente, no es que en el «sexto» de nuestra antigua morada los criados se moviesen menos; pero los conocía; había hecho de sus idas y venidas cosas amistosas. Ahora, incluso le prestaba al silencio una atención dolorosa. Y como nuestro nuevo barrio parecía tan tranquilo como ruidoso era el bulevar al que daba nuestra casa hasta entonces, la canción (distinguible incluso desde lejos, cuando es débil como un motivo de orquesta) de un hombre que pasaba, traía las lágrimas a los ojos de una Françoise exiliada. Por eso, si me había burlado de ella, desolada por haber tenido que dejar un inmueble donde éramos «tan apreciados en todas partes», había hecho sus maletas llorando, según los ritos de Combray, y declarando superior a todas las casas posibles aquella que había sido la nuestra, a cambio, yo, que asimilaba tan difícilmente las cosas nuevas como abandonaba fácilmente las antiguas, me acerqué a nuestra vieja criada cuando vi que la instalación en una casa en la que no había recibido del portero, que aún no nos conocía, las muestras de consideración necesarias para su buena nutrición moral la había sumido en un estado cercano a la postración. Solo ella podía comprenderme; no sería desde luego su joven lacayo el que lo hubiera hecho; para él, que era tan poco de Combray como era posible, mudarse, ir a vivir a otro barrio, era como tomarse unas vacaciones en las que la novedad de las cosas diese el mismo reposo que si se hubiera viajado; se creía en el campo; y un resfriado le dio, como un «golpe de aire» pillado en un vagón de tren cuya ventanilla cierra mal, la deliciosa impresión de que había visto un poco de mundo; a cada estornudo, se alegraba de haber encontrado una colocación tan elegante, porque siempre había deseado tener amos que viajasen mucho. Por eso, sin pen-

sar en él, me fui derecho a Françoise; como me había reído de sus lágrimas ante una partida que me había dejado indiferente, se mostró glacial, porque la compartía, con mi tristeza. Con la «sensibilidad» pretendida de los nerviosos aumenta su egoísmo; no pueden soportar que nadie más exhiba malestares a los que dentro de sí mismos prestan mayor atención. Françoise, que no dejaba pasar el más leve de los que sentía, cuando era yo el que sufría volvía la cabeza para no darme el placer de ver compadecido, ni siquiera notado, mi sufrimiento. Hizo lo mismo cuando quise hablarle de nuestra nueva casa. Por otra parte, dado que dos días después hubo de ir a buscar unas ropas olvidadas en la que acabábamos de dejar, mientras yo aún tenía, a consecuencia de la mudanza, un poco de «temperatura» y, como una boa que acaba de tragarse un buey, me sentía penosamente giboso por un largo arcón que mi vista tenía que «digerir», Françoise, con la infidelidad de las mujeres, volvió diciendo que había creído asfixiarse en nuestro antiguo bulevar, que para dirigirse a él se había sentido totalmente «descaminada», que nunca había visto escaleras tan incómodas, que no volvería a vivir allí «por un imperio» y aunque le diesen millones –hipótesis gratuitas– y que *todo* (es decir, lo que concernía a la cocina y a los pasillos) estaba mucho mejor «puesto» en nuestra nueva casa. Pero es tiempo de decir que esta –y habíamos ido a vivir a ella porque la abuela, que no se encontraba muy bien, razón que nos habíamos guardado de darle, necesitaba un aire más puro– era un piso que se hallaba en una dependencia del palacio de Guermantes.

A la edad en que los Nombres, ofreciéndonos la imagen de lo incognoscible que habíamos infundido en ellos, en el mismo momento en que también designan para nosotros un lugar real, nos fuerzan con ello a identificar el uno con el otro, hasta el punto de que nos lanzamos a buscar en una ciudad un alma que no puede contener pero que está en nuestro poder expulsarla de su nombre, no es solo que den a las ciudades y a los ríos una individualidad, como hacen las pinturas alegóricas, no es solo el universo físico lo que matizan con diferencias, lo que pueblan de maravilloso, es también el universo social: entonces cada castillo, cada palacete o palacio famoso tiene su dama o su hada como los bosques sus genios y sus divinidades las aguas. A ve-

ces, escondida en el fondo de su nombre, el hada se transforma a capricho de la vida de nuestra imaginación que la nutre; así es como existía en mí la atmósfera en que Mme. de Guermantes, tras no haber sido durante años más que el reflejo de un cristal de linterna mágica y de una vidriera de iglesia,² empezaba a apagar sus colores, cuando unos sueños totalmente distintos la impregnaron con la espumosa humedad de los torrentes.

Sin embargo, el hada parece si nos acercamos a la persona real a la que corresponde su nombre, porque, a esa persona, el nombre empieza entonces a reflejarla y no contiene nada del hada; el hada puede renacer si nos alejamos de la persona; pero si permanecemos a su lado, muere el hada definitivamente y con ella el nombre, como aquella familia de Lusignan³ que debía extinguirse el día en que desapareciese el hada Melusina⁴. Entonces

² El nombre de Guermantes provoca la ensoñación del Narrador desde las primeras páginas de *A la busca del tiempo perdido*; aquí remite a dos episodios de *Por la parte de Swann*: al de la linterna mágica en que puede ver a Genoveva de Brabante, antepasada de la duquesa (vol. I, pág. 13 y s.), y al de la vidriera de la iglesia de Combray, que historia la vida de Gilberto el Malo (vol. I, pág. 69).

³ Proust inscribe el apellido de los Lusignan entre los antepasados míticos de los Guermantes. El duque de este apellido afirmará ese parentesco en *La parte de Guermantes II* (pág. 693). Esta familia feudal del Poitou poseía un castillo, demolido por orden de Luis XIII, que había construido, según la leyenda, el hada Melusina. La rama más célebre, la de los Lusignan de Ultramar, participó en las cruzadas; en 1192, Guy de Lusignan (muerto en 1194) fue rey de Jerusalén –título que perdió, por ser elegido para su puesto Henri de Champagne (1166-1197)– y de Chipre, que ganó a los ingleses, fundando en esta isla la dinastía de los Lusignan de Ultramar, que pervivió hasta 1489, fecha en que la soberanía de la isla pasó a Venecia. La poderosa rama que había permanecido en el continente se extinguió a principios del siglo XIV, en 1303, pasando sus vastas posesiones a la casa real de Francia. Otras ramas menores emparentaron con varios de los apellidos más ilustres: La Rochefoucauld, Angoulême, Die, Valence, Châteauroux, Pembroke, etcétera.

⁴ Melusina había aparecido ya en *A la sombra de las muchachas en flor* (vol. II, pág. 170, nota 180) para calificar el carácter misterioso de Gilberto Swann. Esta hada de las novelas de caballerías habría fundado la casa de los Lusignan; según una etimología, el nombre es resultado de «Mère Lusignan» (Madre Lusignan), con lo que la duquesa de Guermantes y el hada estarían unidas por lazos parentales, así como por el poder mágico de la metamorfosis. Según *Le roman de Mélusine* de Jean d'Arras (activo a final del siglo XIV), después de huir del lado de su esposo convertida en serpiente alada, Melusina

el Nombre, bajo cuyos sucesivos repintados podríamos acabar encontrando el hermoso retrato originario de una extraña a la que nunca hemos conocido, no es más que el simple documento fotográfico de identidad al que nos remitimos para saber si conocemos, si debemos saludar o no a una persona que pasa. Pero si una sensación de un año lejano –como esos instrumentos musicales registradores que conservan la sonoridad y el estilo de los diversos artistas que los tocaron–⁵ permite a nuestra memoria hacernos oír ese nombre con el timbre particular que entonces tenía para nuestro oído, y ese nombre sin cambio alguno en apariencia, sentimos la distancia que separa uno de otro los sueños que sucesivamente significaron para nosotros sus sílabas idénticas. Por un instante, del gorjeo oído de nuevo que tenía en determinada primavera antigua podemos extraer, como de los tubitos utilizados para pintar, el matiz exacto, olvidado, misterioso y fresco de los días que habíamos creído recordar, cuando, como los malos pintores, dábamos a todo nuestro pasado extendido sobre un mismo lienzo los tonos convencionales y todos iguales de la memoria voluntaria. Pero en cambio, cada uno de los momentos que lo compusieron empleaba, para una creación original, en una armonía única, los colores de entonces que ya no conocemos y que, por ejemplo, todavía me fascinan de pronto si, por algún azar, el nombre de Guermites, recobrando por un instante después de tantos años el sonido, tan distinto al de hoy, que para mí tenía el día de la boda de Mlle. Percepied⁶, me devuelve aquel malva tan suave, demasiado brillante, demasiado nuevo, con que se aterciopelaba la exagerada corbata de la joven duquesa, y, como una hierba doncella inalcanzable y reflorificada,

vuelve a aparecerse en el castillo de Lusignan lanzando chillidos sobrenaturales tres días antes de la muerte de alguno de los señores o herederos directos.

⁵ Para Thierry Laget, ese instrumento registrador citado por Proust sería un piano mecánico evolucionado, puesto a punto por Edwin Welte en 1904 y conocido como «Welte Mignon»; permitía «registrar y reproducir fielmente todos los matices de la interpretación de un músico» (*À la recherche du temps perdu*, La Pléiade, t. II, pág. 1525).

⁶ La boda de Mlle. Percepied –luego Mme. Goupil–, en la que por primera vez el Narrador ve en carne y hueso a la duquesa de Guermites, figura en el vol. I, *Por la parte de Swann*, pág. 196 y ss.

sus ojos soleados por una sonrisa azul. Y el nombre de Guermantes de entonces es también como uno de esos globitos en los que se ha encerrado oxígeno o algún otro gas: cuando consigo reventarlo y hacer salir su contenido, respiro el aire de Combray de aquel año, de aquel día, mezclado a un olor de espinos blancos agitado por el viento de la esquina de la plaza, precursor de la lluvia, que alternativamente hacía desaparecer el sol, lo dejaba extenderse sobre la alfombra de lana roja de la sacristía y revestirlo de una carnación brillante, casi rosa, de geranio, y de esa dulzura, por así decir wagneriana, en la alegría, que conserva tanta nobleza en la festividad. Pero, fuera de los raros minutos como esos en que bruscamente sentimos a la entidad original estremecerse y recobrar su forma y su cinceladura en el seno de unas sílabas hoy muertas, si en el torbellino vertiginoso de la vida corriente, donde no poseen más que una utilidad puramente práctica, los nombres han perdido todo color como una peonza prismática que gira demasiado deprisa y que parece gris, en cambio, cuando reflexionamos en la ensoñación, tratamos, para volver sobre el pasado, de moderar, de suspender el movimiento perpetuo en el que nos arrastramos, en el que poco a poco volvemos a ver aparecer, yuxtapuestos, pero perfectamente distintos unos de otros, los matices que un mismo nombre nos presentó sucesivamente en el curso de nuestra existencia.

Desde luego, qué forma se recortaba a mis ojos en aquel nombre de Guermantes cuando mi nodriza –que sin duda ignoraba, como yo mismo ignoro hoy, en honor de quién había sido compuesta– me acunaba con aquella vieja canción, *Gloria a la marquesa de Guermantes*, o cuando, unos años más tarde, el viejo mariscal de Guermantes, colmando de orgullo a mi criada, se paraba en los Campos Elíseos diciendo: «¡Qué niño más guapo!», y sacaba de una bombonera de bolsillo una pastilla de chocolate, eso es algo que desconozco. Esos años de mi primera infancia ya no están en mí, me son exteriores, no puedo aprender nada de ellos a no ser, como sobre lo que sucedió antes de nuestro nacimiento, por los relatos de otros. Pero más tarde encuentro sucesivamente en la duración en mí de ese mismo nombre siete u ocho figuras diferentes; las primeras eran las más bellas: poco a poco mi sueño, forzado por la realidad a abandonar una posición insostenible,

volvía a retraerse un poco más acá hasta que fue obligado a seguir replegándose. Y, al mismo tiempo que Mme. de Guermantes, cambiaba de morada, salida también de ese nombre que de año en año fecundaba tal o cual palabra oída que modificaba mis ensueños; esa morada los reflejaba en sus piedras mismas, que ahora reverberaban como la superficie de una nube o de un lago. Un torreón sin espesor que no era más que una faja de luz anaranjada y desde cuya altura el señor y su dama decidían sobre la vida y la muerte de sus vasallos había cedido el sitio –en el confín extremo de aquella «parte de Guermantes» donde, en tantas hermosas tardes, yo seguía con mis padres el curso del Vivonne⁷ a aquella tierra rica de abundantes torrentes en que la duquesa me enseñaba a pescar truchas y a conocer el nombre de las flores de racimos violetas y rojizos que adornaban los muretes bajos de los cercados circundantes; después había sido la tierra hereditaria, el poético dominio donde aquella raza altiva de Guermantes, como una torre amarillenta y cubierta de florones que atraviesa las edades, se alzaba ya sobre Francia, cuando el cielo aún estaba vacío allí donde más tarde debían surgir Notre-Dame de París y Notre-Dame de Chartres; cuando en la cima de la colina de Laón la nave de la catedral no se había posado como el Arca del Diluvio en la cima del monte Ararat, llena de Patriarcas y de Justos ansiosamente asomados a las ventanas para ver si la cólera de Dios se ha aplacado, llevando consigo los tipos de vegetales destinados a multiplicarse sobre la tierra, rebosante de animales que escapan hasta por las torres, donde unos bueyes, paseando tranquilamente por la techumbre, contemplan desde lo alto las llanuras de Champaña; cuando el viajero que dejaba Beauvais al acabar el día no veía aún que lo siguiesen revoloteando, desplegadas sobre la pantalla de oro del poniente, las alas negras y ramificadas de la catedral.⁸ Era, el Guermantes de entonces, como el marco de

⁷ Estos paseos familiares de los domingos en Combray quedan reflejados en *Por la parte de Swann*: en dirección de Méséglise o en dirección de Guermantes, parte esta última donde encuentran el río Vivonne (véase págs. 152-196).

⁸ Menos de cincuenta años separaron la construcción de las dos catedrales citadas en primer lugar: la de Notre-Dame de la Cité se inició en 1163; la de Notre-Dame de Chartres en 1194. La de Laón, población situada sobre una colina, remata la ciudad; empezó a construirse a principios del siglo XII, y fue

una novela, un paisaje imaginario que me costaba representarme y que por eso deseaba sobre todo descubrir, enclavado en medio de tierras y de itinerarios reales que de pronto se impregnarían de particularidades heráldicas, a dos leguas de una estación; recordaba los nombres de las localidades vecinas como si se hubieran encontrado al pie del Parnaso o del Helicón,⁹ y me parecían preciosas como –en ciencia topográfica– las condiciones materiales de la producción de un fenómeno misterioso. Volvía a ver los escudos de armas pintados en los basamentos de los vitrales de Combray, y cuyos cuarteles se habían llenado, siglo tras siglo, con todos los señoríos que, por matrimonios o adquisiciones, aquella ilustre casa había hecho volar hacia ella desde todos los rincones de Alemania, de Italia y de Francia: tierras inmensas del Norte, poderosas ciudades del Mediodía que habían ido a reunirse y a integrarse en Guermantes y, perdiendo su materialidad, a inscribir alegóricamente su torreón de sinople o su castillo de plata en su campo de azur.¹⁰ Yo había oído hablar de los célebres tapices de Guermantes y los veía, medievales y azules, un poco gruesos, destacarse como una nube sobre el nombre amaranto y legendario, al pie del antiguo bosque donde cazó con tanta frecuencia Childeberto¹¹, y aquel fino fondo misterioso de las tierras, aquella

terminada en 1225; en el pórtico sur figura una representación de la lucha de las Virtudes contra los Vicios; a Ruskin le sorprendieron las colosales siluetas de dieciséis grandes bueyes casi en la cima de las torres, destinadas a «eternizar el recuerdo de los infatigables bueyes que, durante tantos años, transportaron de la llanura a la cima de la acrópolis de Laón las piedras de la catedral», según É. Mâle (*L'Art religieux du XIII^e siècle en France*). En cuanto a la catedral de Beauvais, su construcción comenzó en 1247. Es Ruskin también quien está en el origen de la cita bíblica (Génesis, 8, 4) del monte Ararat, situado en el noroeste de Turquía, en el que Noé pudo posar su arca «en medio del diluvio de sangre», escribe Proust en *Pastiches et mélanges*.

⁹ Macizos montañosos de la antigua Grecia situados en la Fócide y en Beocia respectivamente, habitados, según la mitología clásica, por Apolo y las musas; en el Parnaso, ubicado sobre la ciudad y el templo de Delfos, se encontraba la fuente Castalia, manantial de inspiración para los poetas. Helicón se utiliza a menudo como sinónimo de Parnaso.

¹⁰ De hecho, las armas auténticas del apellido Guermantes eran «de gules, con una flor de lis al natural».

¹¹ Son tres los reyes merovingios que llevan el nombre de Childeberto; por los borradores se puede saber que Proust alude a Childeberto I (495-558), hijo

lejanía de los siglos, me parecía que, como en un viaje, me adentraría en sus secretos, con solo acercar a París por un momento a Mme. de Guermantes, soberana del lugar y dama del lago,¹² como si su rostro y sus palabras hubieran debido poseer necesariamente el encanto local de las arboledas y de las riberas, y las mismas particularidades seculares que el viejo protocolo de sus archivos. Pero en esa época yo había conocido a Saint-Loup; por él había sabido que el apellido solo se llamaba Guermantes desde el siglo XVII, cuando su familia lo había adquirido. Hasta entonces, esta había residido en la vecindad, y su título no procedía de esa región. El pueblo de Guermantes había recibido su nombre del castillo junto al que había sido construido y, para que no destruyese las perspectivas, una servidumbre que seguía en vigor regulaba el trazado de las calles y limitaba la altura de las casas. En cuanto a los tapices, eran de Boucher¹³, comprados en el siglo XIX por un Guermantes aficionado y colgaban al lado de mediocres cuadros de caza pintados por él mismo, en un horroroso salón tapizado de andrinópolis y de peluche.¹⁴ Por esas revelaciones, Saint-Loup había introducido en el castillo elementos extraños

del *rex* –de hecho, jefe militar reconocido por los romanos– Clovis (Clodoveo); a la muerte de este, el «reino» franco de Clovis, considerado bien patrimonial durante mucho tiempo, se repartió entre sus cuatro hijos; París correspondió a Childeberto, quien, según el párroco de Combray, tuvo una casa de campo en Pisonville y fundó la primitiva iglesia de Combray.

¹² La Dama del Lago de la tradición artúrica era nieta de Diana Cazadora e hija del rey de Northumberland; en tiempos anteriores se llamaba Viviana o Niniana; como personaje aparece en *Lancelot o El caballero de la Carreta*, pero no se convierte en Dama del Lago hasta otro texto artúrico, *Lancelot*, de Chrétien de Troyes (h. 1130-1180/1190). Madre adoptiva de Lanzarote, despertó en el mago Merlín la más fuerte de las pasiones.

¹³ Sobre Boucher, véase vol. II, págs. 384-385, nota 120.

¹⁴ Con el nombre de esa ciudad turca, *Andrinople* (Andrinópolis o Adrianópolis), se conoce en francés un tejido para mobiliario, de algodón satinado y de un color rojo muy vivo.

Para el pueblo y el castillo de Guermantes, Proust sigue su método de yuxtaponer distintas realidades; en la descripción del castillo terminará mezclando recuerdos de su visita al de Balleroy –cercano a Bayeux, del siglo XVII, construido sobre planos de Mansart– con otros: el de Glisolles, cerca de Évreux, del siglo XVIII, propiedad de sus amigos Clermont-Tonnerre; y el de los marqueses d'Eyragues, a los que Proust visitó en 1907 en Falaise.

al nombre de *Guermantes* que no me permitieron seguir extrayendo únicamente de la sonoridad de las sílabas la mampostería de las construcciones. Entonces, en el fondo de aquel nombre se había borrado el castillo reflejado en su lago, y lo que en torno a Mme. de *Guermantes* se me había aparecido como su morada había sido su palacio de París, el palacio de *Guermantes*, limpio como su nombre, porque ningún elemento material y opaco venía a interrumpir y cegar su transparencia. Así como la iglesia no significa solamente el templo, sino también la comunidad de fieles, aquel palacio de *Guermantes* comprendía a todos aquellos que compartían la vida de la duquesa, pero aquellos íntimos que yo nunca había visto no eran para mí más que nombres célebres o poéticos, y, desde el momento en que solo conocía a personas que tampoco eran otra cosa que nombres, no hacían sino incrementar y proteger el misterio de la duquesa extendiendo a su alrededor un vasto halo que, a lo sumo, iba degradándose.

En las fiestas que ella daba, como para los invitados no imaginaba yo ningún cuerpo, ningún bigote, ninguna botina, ninguna frase pronunciada que fuera trivial, o incluso original de una manera humana y racional, aquel torbellino de nombres, introduciendo menos materia de lo que hubiera hecho una cena de fantasmas o un baile de espectros alrededor de aquella estatuilla de porcelana de Sajonia¹⁵ que era Mme. de *Guermantes*, conservaba una transparencia de vitrina en su palacio de cristal. Después, cuando Saint-Loup me hubo contado anécdotas sobre el capellán, sobre los jardineros de su prima, el palacio de *Guermantes* se había convertido –como en otro tiempo había podido ser algún Louvre¹⁶– en una especie de castillo rodeado, en el centro mismo de París, de sus tierras poseídas por herencia, en

¹⁵ La gran difusión que, durante el siglo XVIII, tuvo la manufactura de Meiden (Alemania) hizo que por toda Europa se difundieran sus productos con el nombre de porcelana de Sajonia. Véase vol. II, *A la sombra de las muchachas en flor*, pág. 224, nota 219.

¹⁶ El Louvre fue mandado construir por Felipe Augusto (1180-1223) en 1204, fecha en la que está documentado como «una fortaleza con un torreón rodeado por un recinto». Antes había sido reposadero de caza de lobos. Concluido en tiempos de Luis XIV, fue residencia real hasta 1793, cuando se convirtió en museo.

virtud de un antiguo derecho extrañamente superviviente, y sobre las que aún ella ejercía privilegios feudales. Pero esta última morada ya se había desvanecido cuando nosotros fuimos a vivir, muy cerca de Mme. de Villeparisis¹⁷, en uno de los pisos vecinos al de Mme. de Guermites en un ala de su palacio. Era una de esas viejas mansiones como tal vez todavía exista alguna, en las que el patio de honor –ya fuera por aluviones aportados por la marea ascendente de la democracia, o por legado de tiempos más antiguos en que los diversos oficios se agrupaban alrededor del señor– solía tener en sus laterales trastiendas, talleres, algún tenderete incluso de zapatero o de sastre, como los que se ven adosados a los flancos de las catedrales que la estética de los ingenieros no ha despejado, un portero remendón que criaba gallinas y cultivaba flores – y al fondo, en la parte de la casa «que hacía palacio», una «condesa» que, cuando salía en su vieja calesa de dos caballos mostrando sobre su sombrero algunas capuchinas que parecían escapadas del jardincillo de la portería (llevando al lado del cochero un lacayo que se apeaba para dejar tarjetas de visita en cada palacio aristocrático del barrio), enviaba indistintamente sonrisas y breves gestos de saludo con la mano a los hijos del portero y a los inquilinos burgueses del inmueble que en ese momento pasaban y a los que, en su desdeñosa afabilidad y su altivez igualitaria, confundía.

En la casa a la que habíamos ido a vivir, la gran dama del fondo del patio era una duquesa, elegante y joven todavía. Era Mme. de Guermites, y gracias a Françoise no tardé en poseer informaciones sobre el palacio. Pues los Guermites (a quienes Françoise solía designar con las palabras «de abajo», «abajo») eran su constante preocupación desde por la mañana, cuando, echando, mientras peinaba a mamá, una ojeada prohibida, irresistible y furtiva al patio, decía: «Vaya, dos monjitas; seguro que van abajo», o: «¡Qué hermosos faisanes en la ventana de la cocina, no es necesario preguntar de dónde vienen, el duque habrá estado de caza!», hasta la noche, cuando si oía, mientras me daba mis cosas de dormir, un rumor de piano, un eco de

¹⁷ Sobre el personaje de Mme. de Villeparisis, véase más abajo la nota 249 de la pág. 239.

cancioncilla, deducía: «Tienen gente abajo, eso es alegría»; en su rostro regular, bajo sus cabellos ahora blancos, una sonrisa de su juventud animada y decente ponía entonces en su sitio por un instante cada uno de sus rasgos, los acordaba en un orden afectado y sutil, como antes de una contradanza.

Pero el momento de la vida de los Guermantes que despertaba con mayor viveza el interés de Françoise, el que le daba más satisfacción y también le hacía más daño, era precisamente aquel en que, al abrirse los dos batientes de la puerta cochera, la duquesa subía a su calesa. Solía ocurrir poco después de que nuestros criados hubieran acabado de celebrar esa especie de pascua solemne, que nadie debe interrumpir, llamada su almuerzo, y durante la cual eran tan «tabúes» que ni siquiera mi propio padre se hubiera permitido llamarlos, sabiendo por otra parte que ninguno se habría molestado más al quinto campanillazo que al primero, y que, al hacerlo, habría cometido esa inconveniencia sin ningún provecho, pero no sin perjuicio para él. Porque Françoise (que, desde que era vieja, ponía por cualquier cosa lo que se llama una cara de circunstancias) no hubiera dejado de presentarle todo el día un semblante cubierto de pequeñas marcas cuneiformes y rojas que despleaban externamente, aunque de manera poco descifrable, el largo memorial de sus quejas, y las razones profundas de su descontento. Las soltaba, por lo demás, para la galería, pero sin que nosotros pudiéramos distinguir bien las palabras. Llamaba a eso –que creía desesperante para nosotros, «mortificante», «vejante»– decir todo el santo día «jaculatorias».

Acabados los últimos ritos, Françoise, que, como en la iglesia primitiva, era a la vez el celebrante y uno de los fieles, se servía un último vaso de vino, se desataba del cuello la servilleta, la doblaba limpiándose de los labios un resto de agua avinada y de café, la pasaba por un aro, daba las gracias con mirada doliente a «su» joven lacayo que, dándoselas de atento, le decía: «Vamos, señora, un poco más de uvas: están exquisitas», e iba inmediatamente a abrir la ventana so pretexto de que hacía demasiado calor «en esta miserable cocina». Lanzando con habilidad, al mismo tiempo que hacía girar la manilla de la ventana y tomaba el aire, una ojeada desinteresada al fondo del patio, recogía fur-

tivamente la certeza de que la duquesa aún no estaba arreglada, devoraba durante un momento con sus miradas desdeñosas y apasionadas el coche enganchado, y, una vez concedido por sus ojos ese instante de atención a las cosas de la tierra, los elevaba al cielo cuya pureza había adivinado de antemano al sentir la dulzura del aire y el calor del sol; y miraba en el ángulo del techo el lugar donde, todas las primaveras, venían a hacer su nido, justo encima de la chimenea de mi cuarto, unas palomas parecidas a las que arrullaban en su cocina, en Combray.

«¡Ah!, Combray, Combray, exclamaba. (Y el tono casi cantado en que declamaba esa invocación hubiera podido hacer sospechar, en Françoise, tanto como la arlesiana pureza de su rostro, un origen meridional y que la patria perdida que lloraba no era más que una patria adoptiva. Pero quizá se hubieran equivocado, pues no hay provincia al parecer que no tenga su «Mediodía», ¡y cuántos saboyanos y bretones no encontramos que poseen todas las dulces trasposiciones de largas y breves que caracterizan el habla meridional!) ¡Ah! Combray, ¡cuándo te volveré a ver, pobre tierra! Cuándo podré pasar todo el santo día bajo tus espinos blancos y nuestros pobres lilos escuchando a los pinzones y al Vivonne que hace como el murmullo de alguien que cuchichea, en lugar de oír esta miserable campanilla de nuestro señorito que nunca está media hora sin hacerme correr por ese maldito pasillo. Y encima le parece que no me doy bastante prisa, habría que haberle oído antes de que llamase, y si te retrasas un minuto, le «entran» unas cóleras espantosas. ¡Ay! ¡Pobre Combray! Quizá no vuelva a verte hasta después de muerta, cuando me arrojen como una piedra en el agujero de la tumba. Entonces, no volveré a oler tus bellos espinos tan blancos. Pero en el sueño de la muerte, creo que seguiré oyendo esos tres campanillazos que ya me habrán condenado en vida.»

Pero la interrumpían los gritos del chalequero del patio, el mismo que tanto había agradado a mi abuela tiempo atrás el día en que había ido a ver a Mme. de Villeparisis, y que ocupaba un rango no menos elevado en la simpatía de Françoise. Al oír que se abría nuestra ventana, había levantado la cabeza y desde hacía un momento trataba de llamar la atención de su vecina para darle los buenos días. La coquetería de la muchacha que

había sido Françoise afinaba entonces para M. Jupien el rostro enfurruñado de nuestra vieja cocinera entorpecida por la edad, el mal humor y el calor del fogón, y con una encantadora mezcla de reserva, de familiaridad y de pudor dirigía al chalequero un saludo lleno de gracia pero sin responderle con la voz, pues aunque infringía las recomendaciones de mamá mirando al patio, no se hubiera atrevido a desafiarlas hasta el punto de hablar por la ventana, cosa que, según Françoise, tenía el don de valerle, de parte de la señora, «todo un capítulo». Le indicaba la calea enganchada como diciendo: «Bonitos caballos, ¿eh?», pero murmurando al mismo tiempo: «¡Vaya vieja chocha!»¹⁸, y sobre todo por saber que el otro iba a responderle, con la mano delante de la boca para ser oído aunque hablase a media voz: «También *ustedes* podrían tenerlos si quisieran, e incluso más que ellos, pero a ustedes no les gustan esas cosas».

Y después de hacer una seña modesta, evasiva y encantada que poco más o menos quería decir: «A cada cual su estilo; aquí estamos por la sencillez», Françoise cerraba la ventana por miedo a que mamá llegase. Esos «ustedes» que hubieran podido tener más caballos que los Guermantes éramos nosotros, pero Jupien tenía razón al decir «ustedes», porque, salvo para ciertos placeres de amor propio puramente personales (como el de pretender, con una risa burlona e irritante, que no estaba acatarrada cuando tosía sin parar y toda la casa tenía miedo a contagiarse de su catarro), semejante a esas plantas que un animal al que están totalmente unidas nutre con alimentos que atrapa, come, digiere para ellas y que les ofrece en su último y perfectamente asimilable residuo, Françoise vivía con nosotros en simbiosis; éramos nosotros quienes, con nuestras virtudes, nuestra fortuna, nuestro tren de vida, nuestra posición, debíamos encargarnos de elaborar las pequeñas satisfacciones de amor propio de que estaba compuesta –añadiéndole el derecho reconocido a ejercer libremente el culto del almuerzo siguiendo la antigua costumbre que incluía el sorbito de aire en la ventana al terminarlo, algún que otro calle-

¹⁸ Proust pone en labios de Françoise el término *sabraque*, deformación de *chabraque*, que en *patois* designa a «una joven o una mujer que vive en el desorden».

jeo cuando iba a hacer los recados y una salida dominical para ir a ver a su sobrina— la dosis de contento indispensable para su vida. Por eso es comprensible que Françoise hubiera podido languidecer, los primeros días —presa, en una casa donde aún no eran conocidos todos los títulos honoríficos de mi padre—, de un mal que ella misma llamaba aburrimiento, aburrimento en el sentido enérgico que tiene en Corneille¹⁹ o en la pluma de los soldados que acaban suicidándose porque se «aburren» demasiado lejos de su novia, de su pueblo. El aburrimiento de Françoise no tardó en ser curado por Jupien precisamente, porque enseguida le procuró un placer igual de vivo y más refinado que el que habría logrado si nos hubiésemos decidido a tener un carruaje. «Gente de mucha clase, estos Julien (Françoise asimilaba de buena gana las palabras nuevas a las que ya conocía), muy buena gente, y lo llevan en la cara». Jupien supo en efecto comprender y hacer saber a todos que si no teníamos carruaje era porque no queríamos. Este amigo de Françoise paraba poco en su casa, una vez que consiguió un puesto de empleado en un ministerio. Chalequero antes con la «chiquilla» que mi abuela había tomado por hija suya, había perdido todo interés por ejercer su oficio desde que la pequeña, que sabía arreglar perfectamente una falda siendo casi una niña, cuando tiempo atrás mi abuela había ido a hacer una visita a Mme. de Villeparisis, se había dedicado a la costura para señoras haciéndose sastra de faldas²⁰. «Aprendiza» primero con una modista, donde la empleaban para dar una puntada, recoser un volante, pegar un botón o un «automático», ajustar una vuelta del talle con corchetes, pronto había pasado a oficiala segunda y más tarde primera, y, habiendo conseguido una clientela de señoras de la mejor sociedad, trabajaba en su casa, es decir, en nuestro patio, la mayoría de las veces con una o dos de sus compañeras de taller a las que empleaba como apren-

¹⁹ *Ennui* poseía en el siglo barroco un sentido más fuerte que el actual de «hastío, tedio, aburrimiento». Era, en los textos de Corneille, que emplea el término sobre todo en sus últimas piezas, una aflicción muy viva, «tormento del alma causado por la muerte de personas amadas, por su ausencia...», según Littré.

²⁰ En francés, *jupière*, término que juega con el apellido del chalequero, Jupien.

dizas. Desde entonces, la presencia de Jupien había sido menos útil. Naturalmente, la pequeña, ahora ya mayor, aún debía hacer chalecos a menudo. Pero ayudada por sus amigas no tenía necesidad de nadie. Por eso Jupien, su tío, había solicitado un empleo. Al principio podía volver a casa a mediodía, luego, tras sustituir definitivamente al empleado del que había sido simple ayudante, no llegaba antes de la hora de la cena. Su «titularización» no se produjo por suerte hasta pocas semanas después de nuestra mudanza, de modo que la amabilidad de Jupien pudo desplegarse bastante tiempo para ayudar a Françoise a franquear sin demasiados sufrimientos aquellos primeros tiempos tan difíciles. Por otra parte, sin desconocer la utilidad que así tuvo para Françoise a título de «medicamento de transición», debo reconocer que al principio Jupien no me había gustado demasiado. A unos pasos de distancia, destruyendo totalmente el efecto que de no ser por eso hubieran producido sus rollizas mejillas y su florido color, sus ojos, desbordados por una mirada compasiva, desolada y soñadora, hacían pensar que estaba muy enfermo o que acababa de sufrir un gran duelo. No solo no era así, sino que, en cuanto hablaba, por lo demás perfectamente, era más bien frío y burlón. De este desacuerdo entre su mirada y su palabra resultaba un no sé qué de falso que no era simpático y por lo que él mismo parecía sentirse tan molesto como un invitado con chaqueta en una velada en la que todo el mundo lleva frac, o como alguien que, teniendo que responder a una alteza, no sabe exactamente cómo debe dirigirse a ella y soslaya la dificultad reduciendo sus frases a casi nada. Las de Jupien –porque es pura comparación– eran por el contrario encantadoras. En correspondencia acaso con aquella inundación del rostro por los ojos (a la que no se volvía a prestar atención cuando se lo conocía), enseguida percibí en él, en efecto, una inteligencia poco común y una de las más naturalmente literarias que me haya sido dado conocer, en el sentido de que, probablemente sin cultura, poseía o había asimilado, con la sola ayuda de algunos libros apresuradamente recorridos, los giros más ingeniosos de la lengua. Las personas más dotadas que yo había conocido habían muerto muy jóvenes. Por eso estaba persuadido de que la vida de Jupien acabaría pronto. Había en él bondad, piedad, los sentimientos más delicados, más generosos.